

Hasta el presente, esas dos tendencias han luchado en el medio ambiente por imponer su dominio.

El lirismo intenso y hondo de Zorrilla que en la oda patriótica ha dado la nota más alta del poema héroeico castellano y en la sentimental el grito de pasión más humano que ha escuchado la musa americana, y el arte hecho de color, sentimiento, frescura y ensueño, de Rosío, el poeta de la naturaleza y de la vida silvestre.

El momento actual es de desconcierto. Los poetas se agrupan ó se repelen. Las influencias de la literatura francesa contemporánea han producido el dislocamiento y el caos.

De un lado la tradición romántica mantiene unidos á una pléyade de coloristas, que aún se desvanecen ante las metáforas de Hugo y no desdeñan el martillazo de la octava real.

Papini y Zas, discípulo de Rosío y Salvador Rueda es el representante genuino de ese grupo. Poeta de imaginación ardiente y exaltada, ha conseguido agrupar á su alrededor á una pléyade de brillantes rimadores. Su nombre ha sido, en más de una ocasión, una bandera.

Frente á esa tendencia tradicionalista, se alzan los influidos por las corrientes de la decadencia moderna, agrupados en pequeñas capillas literarias; artistas exquisitos, cultivadores de un arte mórbido; almas sutiles y complejas; temperamentos raros y funambulescos, prontos siempre á vibrar, ante un verso de Baudelaire, de Verlaine, de Verhaeren, de Mallarmé, de Rodembach, ó de cualquier poeta tras-humante de la última hornada modernista.

Julio Herrera y Reissig en su Torre de los Panoramas, consistorio secreto donde se reúnen los discípulos de este nuevo Sar Peladan, preside un grupo de poetas admiradores de Samain y de Baudelaire, que ya se extasian y se arroban ante las blancas ingenuidades del autor de Aux Flancs du vase, ó vibran y se estremecen ante la aspereza sensual de Baudelaire, ó las grandes melancolías cristalizadas de Rodembach. Allí tiene entrada todo lo raro, todo lo exótico, todo lo snob, en una palabra.

Hay otro grupo influenciado por Lugones, el poeta argentino; otro que mantiene la tendencia hoy casi olvidada de Heine; existen los descendientes de la lírica italiana moderna presididos por Emilio Frugoni, el poeta más correcto de la actual generación, y por sobre todas estas sectas están los solitarios, las almas inquietas y orgullosas que se sienten rechazadas por el medio ambiente.

El momento actual es de confusión y desconcierto. Los poetas erran al azar de la emoción personal. María Eugenia Vaz Ferreira, encarna el espíritu nórdico, la vida interior, sentimental é intensa; Julio Herrera y Reissig, presente en sus versos extraordinarios la aparición de un estremecimiento nuevo; Armando Vasseur ha hallado una cuerda épica en su lira sentimental; Emilio Frugoni realiza una forma de arte noble y sereno; pero entre ellos falta sin duda el poeta de la síntesis, que como Zorrilla de San Martín en 1886, encuentre el acorde único que encierre todas esas notas dispersas; las ansiedades, los anhelos, los vagos estados de alma que forman este principio de siglo preñado de inquietud, de ensueño y de quimera.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.



EL PARNASO ORIENTAL

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA ⁽¹⁾

HIMNO NACIONAL

DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

CORO.

*¡Orientales, la Patria ó la tumba!
¡Libertad, ó con gloria morir!
Es el voto que el alma pronuncia,
Y que heroicos sabremos cumplir.*

¡Libertad, libertad! Orientales,
Este grito á la Patria salvó,
Que á sus bravos en fieras batallas
De entusiasmo sublime inflamó.
De este don sacrosanto la gloria
Merecimos... ¡Tiranos, temblad!
¡Libertad en la lid clamaremos,
Y muriendo, también libertad!

Dominando la Iberia dos mundos
Ostentaba su altivo poder,
Y á sus plantas cautivo yacía
El Oriente sin nombre ni sér.
Más repente, sus hierros trozando
Ante el dogma que Mayo inspiró
Entre libres y déspotas fieros
Un abismo sin puente se vió.

Su trozada cadena por armas,
Por escudo su pecho en la lid;
De su arrojo soberbio temblaron
Los feudales campeones del Cid.
En los valles, montañas y selvas,
Se acometen con ruda altivez,
Retumbando con fiero estampido
Las cavernas y el cielo á la vez.

Al estruendo que en torno resuena
De Atahualpa la tumba se abrió,
Y batiendo sañudo las palmas
Su esqueleto... ¡Venganza! gritó.
Los patriotas, al eco grandioso,
Se electrizan en fuego marcial,
Y en su enseña más vivo relumbra
De los Incas el Dios inmortal.

(1) FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA es el patriarca de la poesía nacional. Nació en Montevideo el 20 de setiembre de 1790. Su educación esmerada dióle ocasión para profundizar los autores clásicos griegos y latinos. Esto estudio dejó hondas huellas en su espíritu, pues apesar de la época en que le tocó actuar, su inspiración se mantuvo siempre dentro de la serena corrección antigua. Desdeñó el desaliño romántico y no se embarcó en el movimiento de la época, por más que rindió culto al sentimentalismo tan en voga entonces. Este poeta presenta varias fases interesantes. Su musa festiva y epigramática puede colocarse al lado de los más grandes satíricos castellanos. Su fecundidad extraordinaria prodigó miles de piezas de este género, algunas de las cuales son bien populares. Como traductor de textos latinos es nota-

Largo tiempo, con varia fortuna,
Batallaron Liberto y Señor,
Disputando la tierra sangrienta
Palmo á palmo con ciego furor.
La justicia por último vence,
Domeñando las iras de un Rey;
Y ante el mundo la Patria indomable
Inaugura su enseña y su Ley.

¡Orientales! mirad la bandera
De heroísmo fulgente crisol;
Nuestras lanzas defienden su brillo:
¡Nadie insulte la imagen del Sol!
De los fueros civiles el goce
Sostengamos, y el código fiel
Veneremos inmune y glorioso,
Como el Arca Sagrada Israel.

Por que fuese más alta tu gloria,
Y brillasen tu precio y poder,
Tres diademas, ¡oh Patria! se vie-
Tu dominio gozar y perder.... [ron
Libertad, libertad adorada,
¡Mucho cuestras tesoro sin par!
Pero valen tus goces divinos
Esa sangre que riega tu altar.

De las leyes el numen juremos
Igualdad, patriotismo y unión,
Inmolando en sus aras divinas
Ciegos odios y negra ambición.
Y hallarán los que fieros insulten
La grandeza del pueblo Oriental,
Si enemigos, la lanza de Marte,
Si tiranos, de Bruto el puñal.

SUPER FLUMINA BABILONIS.

SALMO.

Sentados á la margen
del babilóneo río,
allí, Sión, tu nombre
recordamos llorosos y cautivos.

Y las sonoras arpas
y cimbales festivos,
tristes ya y destemplados
de los frondosos sauces suspendimos.

bilísimo, y tal vez nadie haya alcanzado la intensidad de su traducción del salmo *Super flumina Babylonis*. En la elegía se mantuvo siempre dentro de la serenidad clásica, por más que algunas veces el dolor ó la pasión sentidos intensamente, le arrancaron gritos inspirados. La poesía sería la dominó con extraordinaria facilidad y en el género patriótico pocos le han aventajado. Sus obras han sido editadas en doce volúmenes (1890). La recopilación que fué hecha por el mismo autor, ha perjudicado al poeta. Una severa selección hubiera reducido la obra á dos de los mejores tomos de poesía castellana. Figueroa murió en 1862 á los 72 años.

Si á los pueblos un bárbaro agita
Removiendo su extinto furor,
Fratricida discordia evitemos:
Diez mil tumbas recuerdan su hor-
Tempestades el cielo fulmine, [ror
Maldiciones descendan sobre él,
Y los libres adoren triunfante
De las Leyes el rico joyel.

De laureles ornada brillando
La Amazona soberbia del Sud,
En su escudo de bronce reflejan
Fortaleza, justicia y virtud.
Ni enemigos le humillan la frente,
Ni opresores le imponen el pie;
Que en angustias selló su constan-
Y en bautismo de sangre su fé. [cia,

Festejando la gloria, y el día
De la nueva República el Sol,
Con vislumbres de púrpura y oro
Engalana su hermoso arrebol.
Del Olimpo la bóveda augusta
Resplandece, y un sér divinal
Con estrellas escribe en los cielos,
¡Dulce Patria, tu nombre inmortal!

Los que en vil servidumbre
nos llevaban; ¡ah indignos!
por escarnio intentaron
oír nuestras canciones allí mismo.

Ellos que nos trajeron
con ignominia uncidos,
«entonad,» nos decían,
«de Sión los cantares y los himnos.»

¡Cantar! ¿Cómo es posible?
¿cómo infamar impios,
del Señor los cantares
en tierra agena y en agenos grillos?
No, Sión; y primero
que así te dé al olvido,
y en tu ignominia cante,
me olvide de mi diestra y de mí mismo.

Yerta mi lengua, y fija
al palador indigno,
si de tí me olvidare
pásmese inmóvil con letal deliquio.

Si no te antepusiere,
ó si indolente y tibio,
Jerusalén no fuese
de mi alegría el móvil y principio,

Tu ira, Señor, se acuerde
de esos infandos hijos
de Edón, cuando disfrute
Jerusalén su día apetecido.

Ellos son los que dicen
sedientos de exterminio:
«¡Hasta los fundamentos
asolad, asolad sus edificios!»

¡Oh hija desventurada
del pueblo aborrecido!
¡Feliz quien te dé el pago
del tratamiento vil que te debimos!

¡Oh bienaventurado
El que á tus parvulillos
Logre alzar en sus manos
y en la piedra estrellarlos vengativo!

LAMENTO PATRIÓTICO.

ODA.

Oh Musa del dolor! tú que enlutada
Tristes endechas mides;
Tú que al lamento y al dolor presides
Del mísero mortal, á la angustiada,
A la oprimida voz tu fuego inspira,
Y la luctuosa lira
Préstame ¡oh Musa! Y si al pesar que abrigo
En el pecho ardoroso
Quieres unir tu acento melodioso,
Verás cuán tierna gemirás conmigo.

Pues ya el monstruo tremendo
De la discordia, aleve,
La viborezna frente sacudiendo,
Sangre vierte feroz, y sangre bebe;
Y á desolar se atreve
El suelo patrio con furor infando.
Ya sus ojos agrestes
Lanzan llama sulfúrica y siniestra;
Ya en su horrorosa diestra,
Brilla el puñal del parricida Orestes,
Y en sus hombros se mira
La túnica fatal de Dejanira.

Mas ¡oh, bárbaro horror! Ya á las venganzas
Miro cruzarse fratricidas lanzas;
Oigo el bronce tronar... ¡oh ansias fatales!

¡Todos son orientales
Y van á destrozarse! El torpe acero
Patriotas deponed. El bello día
Alumbra placentero
De dulce unión... Mas ¡ay! ¡oh Musa mía,
¡Quién el abismo cierra,
Si á los ecos de paz responde: ¡guerra!

Ya se extiende el frénetico alarido;
Ya estrepitoso suena
El hueco bronce que en los campos truena
Del Uruguay florido;
Y la patria infeliz dando un gemido
Fatídico y ansioso,
Que en *Sarandí* retumba,
Lanzándose en el Río victorioso,
«¡*Aquí mi gloria fué, y aquí es mi tumba!*
Dice; y al choque de su augusta frente
Salta en forma de llanto la corriente.

Mas todos gritan: ¡guerra! ¡Oh cruel infamia!
Renúvense las bodas de Hipodamia,
Y el furor fratricida

Del cruel Tyeste, del sangriento Atrida!
¡Qué es esto, hados fatales?

¡Sangre quereis, y que la sangre sea
De hermanos, de orientales?

¡Odiosa lid, sacrilega pelea!
¡Quereis que el mundo vea
Derribarse los libres ciento á ciento?
¡Quereis almas frenéticas é insanas,
Holocausto cruento,

Y tributar de víctimas humanas,
Como más digna ofrenda,

Nueva ecatombe á Némesis tremenda?
No será tanto horror, ¡oh Numen sacro
Que á la patria iluminas!

Ya miro la centella que fulminas
De la discordia al fiero simulacro,
Y ya los corazones,
Abriéndose á las dulces emociones,
La voz de unión y de amistad pronuncian.

¡Oh día de placer! ¡día dichoso
Que anhelan y que anuncian
Los que aman á la patria, presuroso
Mueve tu curso y dora
Nuestro turbio horizonte con tu aurora!

El pérfido extranjero
Que aguza torpe el fratricida acero,
¡Cuál rugirá feroz! El exterminio
De este jardín de Edén es su esperanza,
Y fijar con su lanza
Sobre sus ruinas su fatal dominio.
¡Oh paz apetecida,
Cubre á la patria con tu hermosa egida,
Con tus alas brillantes!
Y el Numen tutelar del patrio suelo,
Con letrero de estrellas rutilantes,
Inscriba allá en el cielo:
«¡Hasta la muerte unión...!» y en eco fuerte
Repitamos: «¡Unión hasta la muerte!»

EL AJUSTICIADO.

Silencio...! ya se aproxima
El triste acompañamiento,
Ya se escucha sordo y lento
El enlutado tambor.
Ya con ecos de agonía
La triste campana gime,
Y en lo hondo del pecho imprime
Vibraciones de dolor.

En las calles y balcones
Varios grupos se aglomeran,
Otros en la plaza esperan
Donde un cadalso se vé.
De bayonetas cercado
Hacia ese objeto espantoso,
El séquito silencioso
Se mueve con tardo pié.

Allí en medio encadenado
Se arrastra, que no camina,
El misero á quien destina
A morir la sociedad.
En sus manos temblorosas
Lleva un crucifijo santo,
Que besa, y baña con llanto
Implorando su piedad.

Fúnebres salmos y preces
Entona en voz baja el clero,
Y él apura el cáliz fiero
De negra y amarga hiel:
Mientras la fatal campana
Que atormenta sus vidas,
Le anuncia en nuevos gemidos
Que la agonía es por él.

El Parnaso oriental.

¡ Hélo allí con la mortaja
Con que ha de ser sepultado;
Ya no tiene el desdichado
Ni esperanza de salud.
Delante va el pregonero
Publicando su delito,
La escolta marcha en circuito,
Y por detrás su ataud!

Ya sin tino sus miradas
Vuelve en torno ó alza al cielo,
Ya se anima, ó sin consuelo
Le abate su languidez:
Los pasos que dá quisiera
Deshacer... fatal destino;
¡Cuán corto le es el camino
Que anda por última vez!

Con rapidez espantosa
Vuelan para él los instantes,
Que hundido en los vicios antes
Malgastaba sin sentir
Mientras la tardanza acusa
El vulgo con impaciencia;
¡Ay, cuánta es la diferencia
De morir á ver morir!

De nuevo el pregón su crimen
Publica y también su pena;
Fué asesino! y le condena
La ley á nombre de Dios.
Y hoy ella para escarmiento
Le asesina de esta suerte,
Como si el mal de una muerte
Se remediase con dos.

Con blanca banda ceñida
La Caridad le rodea
Le asiste, y con él emplea
Ceremonias de piedad.
Caridad! Nombre ilusorio,
Cuando en su bien nada influye,
Ni le salva, ni destruye
La espantosa realidad!

En tan horrible conflicto,
Repelido ya del suelo,
Sólo un alivio, el consuelo
Encuentra en la religión.
El sacerdote le exhorta,
Su alma se ablanda, se mueve,
Y para el cáliz que bebe
Dios le da resignación.

Pálido como un cadáver
Lleva de la muerte el sello,
En desorden el cabello
Se vé en sus hombros flotar.
Un sudor de hielo en gotas
Baña su lívida frente,
Cuando oye sordo, y repente
Otro tambor redoblar.

Ya el convoy fúnebre llega,
Y entra con marcha pausada
Al cuadro de tropa armada
Que se abre y lo encierra en él.
Cual serpiente que á su presa
Fascina, arrastra..., y traidora
La traga viva, y devora
Con diente ansioso y cruel.

Bien puede con faz serena
Marchar al suplicio infausto
El que muere en holocausto
Por su patria ó su opinión:
Mas el que al cadalso lleva
El sello vil de un delito,
Apenas, si está contrito,
Logrará resignación.

* * *

Mas ya el mísero reo cuya vista
Divaga en azorada estupidez,
Para oír su sentencia en medio al cuadro,
Se postra de rodillas ante el juez.

Y aunque cada palabra le atraviesa
Como un dardo de plomo el corazón,
Quisiera el desgraciado á ese martirio
Sin moverse de allí dar duración.

Triste y vano deseo! ya oficiosa
Le levanta y conduce la Hermandad,

A esa víctima en sus lazos
Ya la serpiente asegura,
¿Quién la salva, ¡oh desventura!
De entre ese abismo de horror?
Alza el mísero la vista
Y sus fibras se estremecen,
Cuando infaustos le aparecen
Cadalso y ejecutor.

Allí está el fatal banquillo
Que será su último asiento,
Allí el horrible instrumento
Que quebrante su cerviz!
Allí vé la horca infamante
Que por mas horror se emplea,
Donde su cadáver sea
Espectáculo infeliz.

Un sordo murmullo entonces
Vaga entre el necio gentío,
¿Si sabrá morir con brío?
¿Si estará tranquilo ó no?
Curiosidad insensata
En ocasión tan funesta,
Expresión bien manifiesta,
Del que sin alma nació.

¿Qué tranquilidad se exige
Del que criminal se advierte,
Ante una afrentosa muerte
Y el juicio de la Deidad?
Esa quietud en tal reo
No es posible interiormente;
Si la goza está demente
O no cree en la eternidad.

Le sirve de sostén.... Fatal servicio,
Que para él es rigor, no caridad!

Mas él detiene el paso, su cabeza
Bambolea abrumada en su cerviz,
Y un licor que le embriague ó le conforte
Pide á los que le llevan... infeliz!

Ese frágil cristal que al labio llegas
Tendrá más duración que no tu sér;
Ya no verás el prado, el mar, las flores,
Ni ese sol para tí vuelve á nacer!

La lámpara que débil te alumbraba
De la triste capilla ante el altar,
Aun exhala destellos, y tu vida
Primero que su luz se ha de apagar!

Fatídico el reloj de la alta torre
Marca ya por instantes tu existir,
Hoy temblando sus horas has contado
Mas la que va á sonar no la has de oír!

Temerosos fantasmas los oídos
Te atormentan con eco sepulcral;
Y por doble suplicio ven tus ojos
Las víctimas, la sangre y el puñal.

Tu muerte y tus delitos, para ejemplo
Las madres á sus hijos contarán,
Mas los tuyos temiendo la ignominia,
Su nombre deshonorado negarán.

La muerte con la infamia y el recuerdo
De esa prole infeliz colman tu horror;
Bien puedes exclamar en tu amargura,
Que no hay dolor que iguale á tu dolor!

Alevosos bandidos, que en la sangre
De una víctima inerme os complacéis,
Desistid ó temblad! De un asesino
El premio y la lección aquí teneis!

Mas si luego la ausencia del cadalso
Disipa en vuestras almas el terror,
Dios inflame mis versos, que os conmuevan
Cual presente patíbulo de horror!

Mas, oh lance fatal! Ya está sentado
Dó el cáliz vá á apurar de sangre y hiel,
Se horripila su cuerpo en el banquillo,
Y el verdugo prepara el torno en él.

Ya el férreo corbatín le ciñe el cuello,
Todos de allí se apartan con pavor,
Y el credo de la fe con voz pausada
Entona el sacerdote auxiliador.

Impasible y atento está el verdugo
Con la mano en el torno..., y al oír
La palabra fatal, al desgraciado
Las vértebras del cuello hace crugir.

Convulso se estremece...! de su boca
La lengua amaratada cuelga ya,
Dilátanse sus miembros, oh qué espanto!
He allí el *ajusticiado*.... muerto está!

Á UN COPLERO PLAGIARIO.

— Vaya que es *original*
Al sol patrio tu canción!
Dijome en tono bufón
Un plagiario mi rival.
— Mi inopia, y cuanto tu vales
Conozco, le respondí;
Mas tus versos, eso sí,
Son copias *no originales*.

UN CALVO PELUDO.

— La gigantesca *Reforma*,
Dice un rival, no es *Pacífica*;
Bullanguera y no científica,
Ni aun quiere seguir mi norma.
— Federal!... No hablo por celos,
Dice otro, y calvo además!
Yo oigo, y callo... y digo Blas,
Ese *calvo* tiene pelos!!!

NO PERDONAR NI AL DEMONIO.

Tuerta y vieja Estefanía
Demanda á Antonio ante el Juez,
Porque impudente, y soez
La persigue noche y día.
— Un sátiro es ese Antonio!
Exclamó el Juez impaciente;
Ya veo que el insolente
No perdona *ni al demonio*!

EMPADRONAMIENTO.

— Ya el padrón exacto y fiel
De habitantes se ha ordenado:
Sexo, edad, patria y estado,
Todo ha de constar en él.
— Eso, de fiel no es verdad,
Ni en punto á edades lo esperes.
— ¿Porqué? — Porque las mujeres
Nunca declaran su edad.

TORÁIDA BOMBÁSTICA.

Sale Febo con pompa matutina,
Y un lejano rumor el aura llena;
Huye el sueño, descorro la cortina,
Salto del lecho, y el tambor resuena:
¿Será que el hado infausto en nuestra ruina
A *otra lid fratricida* nos condena?
¿Será extraña invasión, tendremos lloros?
¿Qué novedad, en fin?... ¡Tenemos toros!

¡Oh impertérrito Juancho! tú que un día
En el táurico circo fuiste asombro,
Oye mi voz desde la tumba fría,
Pues tus manes sumiso evoco y nombro.
De tu arte va á cantar la musa mía:
Venla tú á sostener, arrima el hombro;
¡Alzate de la tumba, heroico Juancho!
Y si no puedes, te alzaré con gancho.

¡Oh espectáculo grande á par que hermoso,
Imán del alma juvenil y fuerte!
Mal que pese al filantro-melindroso,
Y al moralista rígido é inerte.
Ellos mismos se ven con especioso
Pretexto allí acudir; y de esta suerte
La diversión que bárbara pregonan,
A par del pueblo entero la sancionan.

Llámanla destructora; mas yo infiero
Que es vana prevención, cuando imagino
Que sin toros se muere el mundo entero:
Que á unos los mata el agua, á otros el vino;
Pues si vuela en las astas un torero,
O éste al toro mató por ser ladino,
¿A qué excitar de humanidad las leyes,
Si hay de sobra en el mundo hombres y bueyes?

Mas ya es hora, y repiten los palillos
Sobre el trémulo parche el ronco acento;
Ya anunciando los toros á novillos,
La celeste bandera azota el viento:
Hombres, mujeres, viejos y chiquillos
Con ansia acuden á ganar asiento;
Y bajo el peso enorme y el empuje,
El ancho andamio se blanda y cruje.

Del lado del toril que al Este yace,
Do alumbra Febo con sus rayos de oro,
La turbamulta en gritos se deshace
Que al respeto no halagan, ni al decoro;
El Juez á su demanda satisface
Y ordena la señal... y sale el toro,
Baja los cuernos, enarbola el anca,
Y todos gritan: ¡*Entrale, Palanca!*

¿No has leído del toro que furioso
De Marathon los campos desolaba;
O el otro de Neptuno aborto odioso,
Que osó domar Alcides con su clava?
¿Viste en la margen del Guadiana undoso
Bramar la fiera que sus cuernos lava,
Vístela horrenda amenazar con ellos?
Pues bien... pero este toro no es de aquellos.

Sale airoso *Palanca* del apuro,
Y ceja el toro haciendo una gambeta,
Y asalta al lusitano que seguro
Aguarda á que en su pipa le acometa;
La torva frente inclina, al cuero duro
Préndese la flamígera saeta:
¡Guárdate, portugués, que te destripa,
Si llega el toro á desfondar la pipa!

Rueda el preña-lo casco, y se agazapa
El robusto gastul que tiembla adentro;
Mas vuela el *Malaqueño*, y tras su capa
Vuela el toro también, dejando el centro.
Ya por la veste azul casi le atrapa,
Cuando vuelve *Palanca*, y á su encuentro
Se vió el nervudo brazo con pujanza
Postrar dos brutos y doblar la lanza.

El novel Casavalle con braveza,
Que de *Palanca* á la lección se aplica,
Con ánimo más grande que destreza,
Derriba al toro con la fuerte pica;
Luego, para ostentar la gentileza,
Del valor las hazañas multiplica,
Y logra en medio al circo con decoro
Banderillar desde á caballo al toro.

Era el cebruno corcel
Hijo del aire y del fuego,
Pues su sér no participa
De inferiores elementos.

El nervoso cuello encorva,
Bañando de espuma el pecho,
Según le excita ó detiene,
El acicate ó el freno.

Parte el bruto como un rayo,
Y entre giros y escarceos
Cubren al diestro jinete
Las crines que azota el viento.

Vuela, y las herradas manos
Que suelta y recoge á un tiempo,
Contra la cincha sacuden
El polvo que alzan del suelo.

La adornada banderilla
Con gallardetes diversos
Empuña el bravo, y la fiera
Sacude airada los cuernos.

En su carrera, repente
Dale un grito, y revolviendo,
Sintió el toro á un tiempo mismo
La herida, el grito y el trueno.

Corre *Repollo* y todo lo trabuca;
Pero acude Vellido mas ligero,
Y no hay ente pelón ni de peluca
Que no envidie las glorias de un torero.
Sale ambidextro Palma, y en la nuca
Planta su banderilla al monstruo fiero;
Y luego el *Paraguay*, con voz de pito,
Le planta otra, gritando: ¡Acá, torito!

Igual es la destreza y valentía
De *Coronita*, que su nombre abona;
Pues yo por cada suerte le daría,
En lugar de un bolsillo, una corona.
Mas ¿quién dirá del matador Garcia
El brio heroico que el clarín pregona?
Vedlo, que al toque del tambor sonoro,
Apercibe la espada y llama al toro.

Acércase al combate, y destemido,
Presenta al animal la insignia roja;
Este escarba la tierra, da un bufido,
Cierra los ojos y al cendal se arroja;
Vuélvese al otro lado enfurecido,
Y la flotante capa más le enoja;
Arremete otra vez, pero, escondida
Le atraviesa la espada, y cae sin vida.

Aquí son el aplauso y patacones
(Que el no arrojar dinero es un desdoro)
Ni á su ninfa le ha echado más doblones
Júpiter convertido en lluvia de oro;
Aquí es el resonar de aclamaciones,
Y aquí yo acabo, pues se acaba el toro,
Hasta que otra función ofrezca asunto
Mejor que la presente.... ¡Y *fica punto!*